

HIPÓLITO SÁNCHEZ MOREJÓN

— • • • —
MALÉVOLA Y LUJURIOSA



CAPÍTULO I

Una historia de amor jamás contada

Ya de pequeña, observaba que el comportamiento de Alessia era un tanto extraño, por decirlo de alguna manera. Su llegada al mundo fue todo un acontecimiento en la casa de los señores Clapton. El señor y la señora Clapton eran un matrimonio ejemplar, cuya relación amorosa nació desde pequeños. Fruto del trabajo y, por qué no, de su habilidad en los negocios, el Sr. Edmond Clapton forjó una fortuna basada en los negocios de importación y exportación. Con varias inversiones realizadas en ferrocarriles y líneas marítimas, el padre de la señorita Alessia se dio a conocer en las altas esferas británicas y europeas en general, dando el salto a finales de los sesenta a los Estados Unidos.

Nunca escuché una mala palabra ni un solo grito proveniente de los padres de Alessia en todo el tiempo que estuve a su servicio. Todo era amor y cariño en esa casa, y más con el nacimiento de la única hija del matrimonio. Nacidos en 1927 y 1928 respectivamente, el Sr. y la Sra. Clapton apenas se dieron cuenta de la crisis del 29. Sus familias, poseedoras de pequeñas

tiendas y ahorradoras toda la vida, supieron escapar al destino de miles de personas que vieron truncadas sus vidas y sus trayectorias durante esa época de gran convulsión económica y social. Supervivientes de la Segunda Guerra Mundial y de los bombardeos de Adolf Hitler sobre la capital británica, nada más finalizada la guerra el Sr. Clapton tuvo que coger las riendas de la tienda de alimentación, ante el prematuro fallecimiento de sus padres. Mientras tanto, la señorita Dorian, amiga de la infancia del señor, se dejaba la vista y las manos cosiendo para gente de alto poder adquisitivo en los barrios más lujosos de Londres. Jamás llegaron a imaginar que ellos pasarían a poseer una de las fortunas más grandes no ya del Reino Unido, sino de todo el mundo.

De pequeños solían jugar el uno en la casa del otro, y nunca faltaban al cumpleaños de uno de los dos. Tras tomar las riendas de su vida, obligado por las circunstancias, el Sr. Clapton no quiso que la Srta. Dorian cosiera en ninguna casa más, y pidió su mano a los padres de esta. Habladurías del lugar relatan que pocas veces ha habido una boda más sencilla y a la vez con tanto amor entre dos personas...

En 1970, el Sr. Clapton compró una mansión en el exclusivo barrio de Kensington Square, para que nunca le faltara de nada a su esposa. La casa era (y es) de las más bonitas que jamás he visto. Construida en piedra antigua y madera, está formada por dos cocinas, cuatro

baños y ocho habitaciones; las últimas, en el piso de arriba. Las cocinas cuentan con varios hornos de leña y eléctricos, además de una gran despensa en cada una. Los baños se distribuyen de dos en dos en cada planta de la casa. Por supuesto, la alcoba del matrimonio consta de baño propio. La decoración es una perfecta mezcla de toques clásicos (inspirados en la época victoriana) y modernos, con numerosos adornos y recuerdos de los muchos viajes que han realizado. Predominan los muebles de madera noble con gran cantidad de cajones, así como grandes mesas presidiendo los dos grandes salones de la casa. Cortinas de color beis y una gran iluminación proveniente de grandes ventanales, dan a la casa de los Sres. Clapton una sensación de espacio tremenda. El despacho del Sr. Clapton siempre está cerrado con llave, y solo existen dos copias de la misma: la que posee el propio dueño y está en conocimiento de su esposa, y la que guarda bajo su poder una entidad bancaria, cuyo nombre, por supuesto, se desconoce. Adornada por un gran jardín y dando trabajo a siete personas (un jardinero, dos cocineras, un chófer y tres sirvientas), entré a formar parte de la «familia» en 1985, dos años antes de que naciera la persona más sádica con la que me he topado nunca...

Nací en 1960, y tras pasar por numerosas casas, primero fregando suelos y zurciendo calcetines, además de soportar a más de un baboso que me metía mano cuando su esposa no se percataba de ello, empecé a formarme

como ama de llaves para dirigir una casa y huir realmente de las miserias del alma humana. A veces, la gente con dinero cree que todo lo que hay en el interior de sus casas les pertenece, incluidas las personas. Con veinticinco años, y harta de que me pisotearan, me marqué una época de descanso tras más de 15 años sirviendo en casas ajenas, y al llegarme por medio de una amiga la noticia de que buscaban un ama de llaves para el hogar de los Clapton, no dudé en presentarme a la selección para intentar estabilizar mi vida personal y laboral hasta retirarme. Bien es cierto que hay un dicho que dice que un ama de llaves solo deja su trabajo cuando se muere; y en mi caso se cumple la norma de nuevo.

No fue difícil aclimatarme a ese hogar. La empatía y el cariño que denotaba la pareja era difícil de encontrar. Me habían colocado, nada más llegar, al frente de toda la plantilla de la casa. Las condiciones económicas eran mareantes, y todo era disponibilidad absoluta para las personas que trabajábamos en ella. Solo pedían total dedicación y discreción, en las horas que estuviéramos allí. Por supuesto, al ser soltera y debido a mi cargo, no tuve ni que pedir que me dejaran una habitación. Todos los días a las siete de la tarde, y tras dejarles un poco de té hecho, decía a los señores si necesitaban algo más, y rara era la vez que me hacían quedar más allá de esa hora. Si tenían que prepararse algo de comer o coger un poco de leche, lo hacían ellos mismos sin molestar a nadie.

El resto del servicio finalizaba su trabajo a las cinco de la tarde. Solo el bueno de Alfred, el chófer, con el que me unía una gran amistad, tenía que estar a disposición de los señores las 24 horas del día por si se ofrecía llevarles a algún acontecimiento social u ocurría alguna contingencia imprevista.

Todas las tardes (en invierno ya era de noche a las 16:00), tras finalizar mi jornada laboral, asearme y fumar un cigarrillo en la ventana, cogía un buen libro y me leía unas cuantas páginas para relajarme. Fuera de los muros de esa casa, solo mantenía el contacto con una prima y un tío lejano. Aunque el resto de mi familia había fallecido, no tenía sensación de estar sola. Nunca necesité la compañía de un hombre a mi lado. Quizás por avatares de la vida, y al ponerme a servir con 10 años en casas de potentados, se me abrieron los ojos y descubrí las miserias y los encantos de la vida. Siempre he pensado que hay personas buenas en el mundo; pero al igual que existe el bien, también he podido darme cuenta de que existe el mal...

Estaba encantada en la casa de los Clapton, y los dueños me habían recibido con mucho cariño. No solo me daban comida y alojamiento (la misma comida que sobraba en las sartenes y cacerolas y que se había cocinado para los señores, podía comerla el servicio tras haber sido ellos naturalmente atendidos antes), sino que cobraba 2.000 libras esterlinas al mes, y dos pagas extras al año que me hacían ahorrar y prepararme por fin una

buena jubilación. Si los señores Clapton comían pavo, nosotros comíamos pavo; y si había salmón, los trabajadores de la casa y yo comíamos salmón. La comida solía comprarse fresca todas las mañanas en los viejos y entrañables mercadillos de frutas y hortalizas londinenses. Alfred, el chófer, iba todas las mañanas a un puerto a comprar pescado que reservaban desde primeras horas de la mañana a la familia Clapton. El Sr. Edmond era muy agradecido, y solía pagar más de la cuenta a los vendedores ambulantes. De las muchas anécdotas que contaré en este diario, me queda una que pocas veces podré olvidar...

El Sr. Clapton solía dejar adrede un día libre al mes en su apretada agenda, para ir en persona con Alfred y conmigo a comprar pescado y hortalizas de buena mañana. Un día del mes de diciembre de 1986, poco antes de Navidad, tras haber comprado unos kilos de ostras, centollos, besugo y caviar, antes de dirigirnos al coche (un *Rolls Royce Silver Spirit*), el Sr. Clapton fijó su mirada en un mendigo tirado en una esquina mugrienta del puerto de Londres, junto al Támesis. Durmiendo y soportando el frío como podía, sin soltar la botella de whisky que sujetaba su mano, el mendigo se despertó ante el interés del Sr. Edmond de ayudarlo.

—¡Amigo!, ¿se encuentra bien?

Alfred y yo estábamos preparados para actuar en caso de una reacción violenta del pobre desgraciado, pero

afortunadamente, no tuvimos que intervenir para nada. Apenas balbuceó cuatro palabras, y dirigiendo su mirada al Sr. Clapton, le contestó sin saber a quién tenía delante:

—¿Qué diablos quiere, amigo?

Tras agacharse y ponerse a la altura de su oído, el Sr. Clapton le susurró si podía ayudarle en algo.

—¡Solo quiero que me dejen morir en paz! Mis hijos me han abandonado, y mi mujer murió hace tres años. Solo quiero morir en paz. ¡Lárguese!

El Sr. Clapton se dio cuenta de que ese hombre necesitaba su ayuda, y ni corto ni perezoso le dio a Alfred un cheque por valor de 150.000 libras y le dijo:

—Alfred, quiero que te lleves a este hombre a uno de mis hoteles con vistas al mar. Que le duchen, le afeiten, le arreglen las uñas y le vistan con ropa de los mejores modistos. Llama a mi médico particular, y que le sometan a una cura de desintoxicación. Tras seis meses, quiero que se me diga cuál es el estado físico y mental de este hombre. ¿Entendido, Alfred?

Al igual que trabajábamos bajo unas condiciones privilegiadas, también sabíamos que una orden del Sr. Clapton era más sagrada que la mismísima palabra de Dios. De ese pobre hombre supe más tarde que vivió otros 13 años más, tras montar una tienda gracias a la ayuda del Sr. Clapton. Murió de una cirrosis hepática; pero los últimos años de su vida los pasó junto a sus hijos y nietos...

El Sr. Edmond Clapton tenía más de 100 hoteles en propiedad, 30 clínicas privadas, varios astilleros, y una flota estimada de 1.500 barcos pesqueros, además de inversiones en tecnología y ciencia. Pero su gran amor, aparte de su esposa y su hija (que nacería en 1987), era el mundo oriental. Solía realizar varios viajes al año, acompañado de la Sra. Dorian, a Japón, China y Corea del Sur. Durante la visita a estos países, siempre nos llevaban con ellos a Alfred y a mí. Pese a no conocer las carreteras de estos países, el Sr. Edmond no quería otro chófer más que el suyo de toda la vida. Eso sí, le conminaba al bueno de Alfred a aprenderse las carreteras más importantes de las naciones que visitábamos.

Un avión privado nos trasladaba en pocas horas a esas culturas tan maravillosas, llenas de misterios. En el futuro, la Srta. Alessia iría también de visita a estos lugares idílicos, pero por otros motivos...

Personalmente, me sentía endiosada nada más aterrizar en esos lugares. Solíamos aterrizar de madrugada. El Sr. Clapton era muy reservado, y no le gustaba aparentar ni dar razones de su vida a nadie. Solía decir -y no le faltaba razón- que el final de su imperio sería la arrogancia y la vanidad. Una vez tuvo que realizar una llamada privada a una revista de gran tirada internacional y de primera línea, que le había incluido entre los 10 hombres más ricos del planeta, para que le sacaran de ella. Llegásemos a la hora que llegáramos, varias limusinas